

(Esta entrevista con [Iker Jiménez](#) sobre [Camposanto](#) es propiedad de la editorial, que autoriza su publicación en cualquier medios de comunicación y con fines promocionales)

CAMPOSANTO: PRIMERA ENTREVISTA CON IKER JIMÉNEZ

“Yo he pasado los terrores que describo en la novela”

-Parece evidente que detrás de la novela existe una fascinación por la figura de El Bosco. ¿Me equivoco? ¿Podría explicar esa fascinación; de cuándo proviene?

-Soy hijo y nieto de anticuarios. Toda mi familia se dedica a ese mundo maravilloso y además lo viven con la pasión del estudioso que va más allá de la compra-venta. Desde niño he convivido con pinturas y esculturas que, de algún modo, he podido ver muy de cerca y siempre con ojos de fascinación aunque fuesen parte de mi paisaje cotidiano. Muchas de ellas tenían algo que atrapaba mis sentidos. Recuerdo ahora, con el libro entre las manos, que mis padres, hace ya algunos años, llegaron a tener una pequeña tabla de un seguidor de *El Maestro*. Ya en aquel entonces me hablaron de ese personaje enigmático y de las sospechas de heretismo que siempre le acompañaron. De aquel enigma que ha fascinado a historiadores y estudiosos del arte a pesar de que han transcurrido cinco siglos de su muerte. De alguna manera, con *Camposanto*, se cierra ahora un círculo de admiración y misterio abierto hace muchos años.

-Sin duda, lo misterioso de su pintura (el sentido profundo de sus claves y sus símbolos) lleva a pensar qué tipo de persona las hizo. Pero ¿hasta qué punto ese misterio fue un acicate y una ventaja para escribir o resultó un obstáculo precisamente por la inexistencia de explicaciones convincentes?

-Sobre Hieronimus Van Acken, uno de los más grandes genios de la Historia del Arte, se sabe muy poco. Ni en qué fecha nació, ni en cuál murió, ni de qué, ni por qué pintó lo que pintó, ni que relación llegó a tener con los poderosos mecenas de su tiempo. No sabemos si viajó a otros países y porqué en un lugar tan tenebroso como la Prisión de Venecia estaban sus obras más extrañas. No sabemos nada. He leído todo lo publicado en los últimos cincuenta años sobre él. He viajado para ver sus pinturas “italianas” llenas de secretos y ponerme frente a ellas intentando descifrar el misterio que duerme en esos trazos. Y he construido una novela de investigación, en la que hay mucha más verdad que ficción. Solo espero que renazca en el lector el interés por este gran maestro. En el Museo de El Prado tenemos el privilegio de contar con la mejor colección, gracias al inexplicable fervor que Felipe II sentía por

estas obras. Una obsesión que, dicho sea de paso, se agravó casi hasta la locura y la ensoñación en su propio lecho de muerte. ¿No es increíble?

-En la novela mezcla, como es preceptivo en el género, la Historia y la ficción. Hay personajes imaginarios que son claro trasunto de un personaje histórico (Fray José de Atienza /Fray José de Sigüenza). En otros casos, se toma libertades, como la de hacer vivir a Arias Montano hasta la muerte de Felipe II. ¿Cómo ha manejado estos elementos? ¿Hasta qué punto ha querido ser respetuoso con la Historia o ésta sólo le ha servido de pista de despegue para la ficción?

-Yo diría que el 80% de lo escrito en *Camposanto*, incluidos citas, recortes de prensa, fichas, reportajes inacabados, muertes...es absolutamente real. En algunos puntos he variado ciertos nombres y en otros me he permitido una licencia como la que señalas. Benito Arias Montano, que murió en el año del señor de 1598, al igual que Felipe II- el gran monarca del cristianismo pero a la vez amante de la alquimia, los libros malditos y las reliquias que llenaban su templo de El Escorial- es un personaje que encarna al estudioso de lo extraordinario, al religioso interesado por todas las artes y las ciencias, incluidas las ocultas. Por lo ocurrido en la biblioteca prohibida, la mejor en su género durante siglos, merecía la pena el guiño temporal. Ojalá, siguiendo su senda, la gente descubra ese gran enigma llamado El Escorial, Octava Maravilla del Mundo, que, humildemente y como tantas otras cosas, creo que nunca nos han acabado de explicar bien del todo.

-La novela maneja muy bien un elemento infrecuente, por no decir ausente, en la narrativa española: el miedo, el terror, no el suspense o algo parecido. ¿Le parece un ingrediente importante de la novela? ¿Lo echa de menos en la narrativa española?

-Conozco el miedo que pasa un investigador cuando se obsesiona con una misión. Es mi vida cotidiana. El miedo a los vivos y a las sombras. El miedo al hipnotismo que ejercen algunas tramas e historias perdidas. Yo quiero que la gente lo viva conmigo. No es un efectismo superfluo, para impactar. Es la verdad, lo que pasa en estos asuntos cuando uno se mete en ellos de lleno y de corazón. Los periodistas de sucesos convivimos con este tipo de tramas y sentimos cosas que he querido expresar con mayor libertad. Puedo decir que el amplio abanico de sensaciones o terrores que se describen en *Camposanto* yo los he pasado de verdad. Y quizá por eso puedan resultar convincentes.

-¿De qué fuentes ha bebido a la hora de usar ese recurso al miedo? ¿Del cine (a mí, algún pasaje me ha recordado imágenes de El exorcista)? ¿Le ha servido su experiencia como investigador de casos misteriosos? ¿A quiénes admira literariamente en este terreno?

-Mi despacho, después de la redacción de *Camposanto*, es como un campo de batalla. Cientos de libros apilados, figuras de El Bosco, reproducciones de cuadros terribles que colgué en las paredes. Todo ese proceso obsesivo es lo que realmente merece la pena si se logra interiorizar y transmitir a la vez. Las fuentes en torno al miedo, a la inquietud, al escalofrío, son los años en la carretera, en lugares más o menos poco recomendables. El miedo real que pasa uno muchas veces. Pero es un miedo al que siempre le puede otro factor tan poderoso o más; la curiosidad. La necesidad de saber qué hay detrás. Ese es el motor que realmente empuja mi vida y este experimento llamado *Camposanto*. Más que literariamente, ya que no soy muy lector de novela negra, mi fuente, es el propio suceso. El denostado y olvidado reporterismo detectivesco que ya no hace casi nadie. La crónica oscura de la realidad que se ha producido durante décadas en los rotativos. Yo mismo la he hecho y la seguiré haciendo porque no hay nada en el mundo comparable a ir tirando de los hilos de una trama real e ir descubriendo lo que pasa. Algunos pasajes muy sorprendentes, como una muerte en El Museo del Prado, son absolutamente reales, rescatadas como una reliquia de la hemeroteca. Por cierto que ese lugar, el museo de los periódicos olvidados, es una gran fuente de inspiración.

-El lector puede pensar en algún momento en una especie de esquizofrenia de Felipe II, paladín de la ortodoxia católica y admirador del heterodoxo y misterioso Bosco. ¿Ha querido sugerir algo así en la novela, un doble fondo en la personalidad de Felipe II?

-Lo que pasa en nuestra cabeza es el gran enigma. Precisamente ahora, ya embarcado en otra investigación, estoy ahondando en eso. El mundo de la esquizofrenia, de las voces, de nuestro yo más profundo y desconocido, es fascinante. Felipe II era capaz de quemar herejes y no inmutarse mientras ardían en la hoguera. Pero, al mismo tiempo, contrataba a los mejores alquimistas y astrólogos para intentar confeccionar “planos de energías” con el fin de ubicar sus aposentos. El Escorial es el gran ejemplo de esa “esquizofrenia”, un mundo recto, sobrio, puro, aderezado con elementos paganos, pinturas heréticas propias de sectas perseguidas, reliquias- más de ocho mil- encerradas en bolas de bronce como amuleto protector. Felipe II, poco antes de morir, preguntó por *El Perro Negro*...era algo que le obsesionaba. Una aparición que, según las crónicas rondaba el entorno en días de desgracia o muerte de los obreros. Era un hombre con dos caras completamente opuestas. Como todos los que se atreven a preguntarse por los enigmas de la existencia.

-Aunque ha tenido el buen gusto de no sacar a los cátaros, tan manoseados últimamente en la narrativa ¿no le ha preocupado que alguien pensara: “otra novela sobre herejías”?

-Creo que el *boom* que se vive con los misterios de la Historia no es perjudicial. Me alegro mucho por el bien que hace encendiendo la llama de la pasión por la lectura en gente que jamás se acercaría a una librería. Lo que sí es cierto es que se ha centrado en unos temas muy concretos. *Camposanto* no persigue eso. Es más, no tiene nada que ver. Es una historia mucho más oscura, con un componente altísimo de realidad y de vivencia personal. La herejía no es lo más importante de El Bosco o de los personajes que integran la trama. Yo creo que hay claves mucho más fuertes, poderosas y olvidadas. Yo no pretendo ceñirme a formulas más o menos prefabricadas para gustar. Es más, puede que lo que cuente sea más bien perturbador o inquietante. Oscuro. Soy un periodista de sucesos; ésa es mi sangre y es imposible tener una visión más o menos romántica o amable de las herejías como se estila hoy en día. Lo mío, y lo de El Bosco, creo que es otra cosa.

-En muchas novelas y películas de este tipo, empezando por El nombre de la rosa, la iglesia católica aparece como la mala de la historia, con sacerdotes o grupos organizados dentro de la iglesia capaces de asesinar por salvaguardar sus secretos y sus dogmas. También ocurre en su novela. ¿Cree que la iglesia se merece aparecer así o puede quejarse de ser tratada injustamente? ¿Sufren una especie de leyenda negra o su actuación en la represión de las herejías fue realmente sanguinaria?

-Viajé a Venecia para conocer los subterráneos de la ciudad. Allí vivían en el siglo XVI los Signori Di Notte, un cuerpo especial de la Inquisición para torturar herejes. Todavía quedan sus celdas e instrumentos. Existieron, y hay un arsenal documental impresionante al respecto. No es un invento, es que, en este tramo de la Historia, fue sencillamente así. Los cuadros de El Bosco ejercían fascinación y odio por partes iguales y motivaron reacciones muy distintas. Yo tengo un gran respeto por la Iglesia y nunca utilizaría la institución para crear al malo manido de la película. Sencillamente, en esta historia, es lo que ocurrió. Y por cierto, los herejes, en este caso los Hermanos del Libre Espíritu, estaban lejos de ser bondadosos adoradores del verdadero cristianismo perdido, en plan *hippy* comunal. Eso puede quedar muy bonito y la narrativa al uso nos lo quiere presentar así porque es lo que muchos quieren leer. Sin embargo mataban y descuartizaban sacerdotes de la manera más atroz. Y eso queda muy bien reflejado en *Camposanto*. A estas alturas de la película, creer en buenos y malos es, como poco, pueril. Era una batalla, y eso es lo que he pretendido contar. Eso sí, a todos les interesaban las tablas de *El Maestro...*

-Hasta hace poco, la novela de género (la fantasía, el terror, las aventuras, no tanto la policíaca) parecía ser exclusiva de los anglosajones. ¿Están entrando los autores españoles en ese terreno y lo

están haciendo con dignidad? ¿Cómo se ve a sí mismo en este aspecto; se considera un pionero?

-Creo que hay autores como Javier Sierra, Juan Eslava Galán, Cesar Vidal, Matilde Asensi y tantos otros que están haciendo un trabajo formidable en los últimos años. Antes Juan José Benítez ya sentó un precedente interesantísimo con su *Caballo de Troya*, o *El Enviado*, en una mezcla inquietante de realidad y ficción, haciendo que el lector se preguntase donde acababa la verdad y empezaba la novela. Yo voy en esa línea, porque para mi *Camposanto* es una novela de investigación, basada en hechos reales, pegada a cosas que son rotundas y no inventadas. Sé que mucha gente buscará referencias, datos, y entonces se encontrará con verdaderas sorpresas. Me encantaría pertenecer un día a ese grupo de autores españoles que creen en este género, consiguiendo despertar el amor por la lectura y la aventura en tanta gente. Esa es nuestra labor.

-A veces, en las novelas de género se prima demasiado el argumento, la trama, buscando que sea ágil, en detrimento del estilo. Su novela tiene páginas muy logradas, con un clima muy intenso, casi expresionista (por ejemplo, ese mundo fantasmal, onírico, del Escorial en el que agoniza Felipe II). ¿Hasta qué punto le ha preocupado el estilo y qué problemas le ha dado el conseguir ese clima?

-Me preocupa el estilo y procuro aprender cada día. Reconozco que soy lector de ensayo más que de novela. Precisamente porque creo que la realidad supera a la ficción en los órdenes cotidianos de la vida. Para mi esta aventura ha sido fascinante, me ha permitido recrear cosas, hilar tramas que estaban en mi cuaderno de cosas pendientes desde hace años, como verdaderos enigmas, a la búsqueda de una solución. *Camposanto* me ha permitido disfrutar y añadir un poco de imaginación a una serie de estructuras completamente veraces. Esa intensidad del clima es quizá el reflejo de lo vivido en los últimos quince años de investigación buscando claves, sucesos, testigos, evidencias. El misterio de la propia búsqueda es lo más fascinante. Mi gran reto es que el lector lo sienta como propio. Que se adentre cada vez más en esos torbellinos oscuros que atrapan para siempre. Yo he puesto todo mi empeño en esta aventura, con el fin de reivindicar un enigma que no es lejano, sino muy próximo. En el Museo del Prado, en El Escorial, hay cosas por descubrir. Cosas que fascinaron hasta la muerte a muchas personas importantes. Ahora podemos observar todo eso con nuestros ojos y hacernos mil preguntas. Si al acabar *Camposanto* alguien decide volver a ver los cuadros de este gran genio con otra mirada, yo me sentiré satisfecho. Es un homenaje merecido a una de las figuras más fascinantes de la Historia.